

EL TIEMPO DE CUBA

El tiempo pasa despacio en La Habana. Discurre con lentitud para un pueblo abandonado en una lucha por la supervivencia que dura ya más de medio siglo. Mientras tanto, los dirigentes cubanos viven en una especie de mundo paralelo. Han logrado parar y controlar el reloj del país. Toman decisiones como si la sociedad fuese una masa inerte sin apenas influencia en el desarrollo de la vida política.

Pero... ¿no existe vida política en Cuba? ¿No hay debate y luchas de poder? La obvia respuesta es “sí”. En la dictadura cubana también existe el contraste de pareceres y la discrepancia. También allí hay pactos y deserciones, lo que ocurre es que descifrar la información es como leer hojas de té y al no producirse los cambios a la luz pública es muy difícil para la prensa, los politólogos o el ciudadano corriente entender bien lo que está ocurriendo. Sin embargo, la elite dirigente ubicada en el Buró Político del Partido Comunista (PCC), el Consejo de Estado, y el Consejo de Ministros hace política, aunque en su caso sea dentro de los estrechos márgenes que permite el post-totalitarismo carismático cubano, ahora menos carismático con Raúl Castro como presidente.

Eusebio Mujal-León es profesor de Ciencia Política en Georgetown University y director del Proyecto Cuba XXI.

Ignacio Uría es profesor de Historia y Periodismo en la Universidad de Navarra e investigador del Proyecto Cuba XXI.

El poder en Cuba está organizado en torno al Partido Comunista Cubano (PCC). El nombre es emblemático y hace pensar en los partidos comunistas de la URSS, China, o Vietnam. Pero aunque el PCC tiene similitudes con ellos, también es una institución *sui generis*. Fundado en 1965, varios años después del inicio de la Revolución, el Partido se ha caracterizado siempre por su débil institucionalización, resultado tanto del estilo caudillista de Fidel Castro como del peso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en el sistema político cubano. Herederos del triunfador Ejército Rebelde, las FAR han gozado de una gran legitimidad y han compartido el poder dentro de lo que se puede denominar el *partido fidelista* en Cuba. No es una casualidad que en todas sus actividades públicas en Cuba, Fidel Castro se vistiera con el uniforme verde olivo de las FAR.

Siempre ha habido disputas políticas en la cúspide cubana, pero siempre han sido zanjadas por la autoridad incuestionable de su máximo líder. Muchos pensaban en 2006 –cuando sufrió una grave enfermedad y dio paso a su hermano (pero sin abandonar el cargo de primer secretario del Partido)– que pronto pasaría a la historia. Sin embargo, no se cumplió la profecía, aunque la “sucesión” ha puesto sobre el tapete la cuestión de la “transición”. Efectivamente, Cuba transita hacia otro tipo de régimen. Lo que ignoramos es si camina hacia la democracia.

En todo caso, no hay duda de que existen diferencias y tensiones internas dentro de la cúpula dirigente. Quizá éstas no se definen en claros términos políticos, pero las destituciones ordenadas por Raúl Castro desde que asumió el mando del país no dejan lugar a dudas. Más del 40% del Gabinete heredado de su hermano ha sido destituido y dentro del Partido también ha habido significativas purgas.

Las más notables ocurrieron hace un año cuando Carlos Lage, vicepresidente del Consejo de Estado y miembro del Buró Político, Felipe Pérez Roque, ex secretario privado de Fidel y canciller desde 1999, y Fernando Remírez de Estenoz, secretario de Relaciones Internacionales del PCC, fueron defenestrados a raíz de un incidente en el cual estaban aparentemente involucrados los servicios de inteligencia españoles.

Sus ceses no se debieron tanto a diferencias políticas como a diferencias generacionales, lo cual no es un mero detalle. Tanto Lage como Pérez Roque eran presuntos sucesores y, por lo tanto, los comentarios irrespetuosos dirigidos hacia Fidel, Raúl, y el veterano *apparatchik* José Ramón Machado Ventura, por todos los participantes en la cena en la finca de Matanzas, tenían una connotación venenosa.

Su destitución (acompañada por el relevo de Carlos Valenciaga, también antiguo secretario personal de Fidel, y el desmantelamiento del Grupo de Apoyo al Comandante en Jefe que respondía directamente a Fidel Castro y actuaba como una especie de “gobierno paralelo”) demostraba que a Raúl no le temblaba el pulso.

Esos relevos, además, enviaban un mensaje muy claro a las nuevas generaciones: el poder no se comparte y los que aspiren a “sucesores” terminarán descubiertos y destituidos, aunque no en la cárcel. Esto diferenciaría su situación de la del preso político, Orlando Zapata, quien murió después de una huelga de hambre de 85 días. Volveremos sobre este delicado asunto más adelante.

La consecuencia inmediata de la destitución de Carlos Lage y compañía es la consolidación de la vieja guardia en el poder. La edad media de los vicepresidentes del Consejo de Estado que rodean a Raúl Castro es de 77,6 años y todos ellos son veteranos de la sierra o viejos colaboradores de su jefe cuando estaba a la cabeza del Ministerio de las Fuerzas Armadas. En coincidencia con el relevo de Lage hubo también una remodelación del Gabinete, lo que permitió la entrada de otros jóvenes tecnócratas más afines al proyecto raulista y de representantes del sector empresarial de las Fuerzas Armadas.

LA HUIDA HACIA ADELANTE

Cincuenta y un años más tarde, la elite cubana está obsesionada con organizarse para no perecer. Raúl Castro, no nos cabe duda, es el precursor de una transición, pero no sabemos hacia dónde. Tampoco pueden espe-

rarse de él cambios radicales. Su aspiración sólo puede ser presidir el final de la etapa castrista e intentar dejarlo todo “atado y bien atado” para los nuevos tiempos. La historia enseña que esa tarea es ardua y que los elegidos para realizarla no suelen ser fieles a sus juramentos de lealtad. Nadie quiere hundirse con un régimen que hace agua por todas partes. No ocurrió en España en 1975 y no ocurrirá en Cuba en 2010.

Pese a ciertas esperanzas iniciales de cambio, las cosas no han evolucionado en exceso con Raúl Castro, ya que sigue en una dialéctica propia de “tiempos de guerra”. Siempre hay en Cuba una guerra en marcha, ya sea real (como las que libró en las misiones internacionalistas de Congo y Angola) o ideológica (contra el imperialismo, contra la globalización y el cambio climático o contra la disidencia y los gusanos). Como decía Orwell en su novela *1984*: “La guerra es necesaria para mantener el sistema, por eso la guerra permanente es lo mismo que la paz permanente”.

Es cierto que algunas medidas adoptadas por Raúl Castro son acertadas, como el intento de poner en usufructo tierras abandonadas y bajo el control del Estado, la autorización para vender teléfonos móviles y otros bienes de consumo, o que la adopción de medidas económicas como el fin del tope salarial, la autorización del pluriempleo y el restablecimiento del cobro por resultados tuvieron un cierto eco entre la población. Otras, sin embargo, han supuesto un duro golpe moral para los cubanos. La elevación en cinco años de la edad mínima de jubilación, el fin de los comedores obreros o el mantenimiento de dos monedas (el peso cubano para los nacionales y el peso convertible para los extranjeros) han incrementado la estratificación, y generado fuertes desigualdades, así como incipientes clases sociales.

La situación podría agravarse si, finalmente, se cancela la libreta de abastecimiento de alimentos que existe desde 1962 y se ponen en marcha los despidos del personal estatal y de las empresas públicas. Raúl Castro confirmó en un discurso ante la Asamblea Nacional el pasado mes de diciembre que las reformas “siguen a paso lento para evitar los riesgos de la improvisación y el apresuramiento”. Ya dijo Martí que hay que hacer despacio lo que tiene que durar mucho, pero con este ritmo los cambios pueden tardar otra década más.

¿Cuál es el motivo del retraso? ¿La escasa productividad? ¿La resistencia de los cubanos a trabajar casi gratis? ¿Es que hay oposición en la burocracia del Partido y del Estado? ¿O será más bien que Fidel Castro ha mejorado de su enfermedad e influye sobre los deseos de su hermano pequeño, que al fin y al cabo está en el poder por un asunto de familia?

La respuesta más cabal es que ha ocurrido un poco de todo. Raúl tiene una doble atadura en sus manos: agradar y demostrar su “fidelidad a Fidel” (misión nada fácil) y convencer a los escépticos de que sus reformas darán resultado a pesar de la horrible situación económica mundial, que afecta tanto a las exportaciones de níquel y azúcar como a la llegada de remesas del exilio. Eso por no hablar de los ingresos por turismo, que han disminuido en un 12% hasta ser casi inexistentes en las provincias orientales de Cuba (Santiago de Cuba, Holguín, Granma y Guantánamo).

Con ese panorama y la recesión en América Latina, parece difícil creer que Cuba creció en 2009 el 1,4%. Más aún cuando algunos economistas cubanos como Pavel Vidal, del Centro de Estudios Económicos de la Universidad de La Habana, opinan que el crecimiento real del PIB en 2009 fue inferior al 1% “con posibilidad de que se agudice la tendencia” a la desaceleración y se llegue en 2010 al primer registro negativo en dieciséis años.

Si eso ocurre, se deberá tanto a factores estructurales como a la poca diversidad en el comercio y a la mala situación productiva de la agricultura y la industria cubanas. Los problemas de suministro de petróleo también han comenzado y ya se prevé que, a partir del mes de junio, vuelvan a Cuba los apagones eléctricos planificados, como los que ocurrieron en 2004. Tanto en esto como en los 90.000 barriles de petróleo diarios que envía Venezuela radica la importancia que para Cuba tiene la supervivencia de Hugo Chávez como líder del Socialismo del siglo XXI.

Por otra parte, dos reformas agrarias más tarde, el Gobierno anunció que sigue habiendo en Cuba “tierras ociosas”, que son las que no trabaja nadie. Como el Estado es el dueño, pero no se ocupa de ellas, ha decidido entregar 900.000 hectáreas a 100.000 agricultores con la esperanza

de que esos terrenos baldíos produzcan algo en manos de los guajiros que los trabajen.

Pocos meses antes, en una decisión que refleja el nivel de control estatal sobre la vida cotidiana, Raúl Castro autorizó que los campesinos pudieran comprar libremente los aperos necesarios para su trabajo. Hasta entonces era obligatorio solicitar un permiso a un organismo del Ministerio de Agricultura y esperar que éste respondiera. A principios de 2010 los resultados eran más bien escasos. Según fuentes oficiales, en la provincia de La Habana la producción de frutas y vegetales estaba un 40% por debajo de lo previsto.

En síntesis, el Gobierno cubano evita mejorar las condiciones de vida de la población porque teme que detrás del desarrollo económico lleguen las exigencias de libertad y el fin del sistema comunista. De modo que la pobreza en la que está sumida Cuba es un arma política más, una de las más represoras y potentes, establecida con la torpe connivencia del Gobierno norteamericano y su embargo económico.

Pese a toda la retórica de una y otra parte, EE.UU. es el quinto socio comercial de Cuba y fue el primer proveedor de productos agrícolas (con unos 750 millones de dólares en ventas a La Habana). De los EE.UU. procede la mayor parte de los aproximadamente 4.000 millones de dólares anuales en remesas que son enviados a Cuba por los exiliados. La tragedia se esconde en el hecho de que Cuba, con un 55% de tierra cultivable y tres cosechas al año, tenga que importar el 85% de sus alimentos del exterior.

El “bloqueo”, según terminología revolucionaria, sólo perjudica a la población más desfavorecida y entrega a la dictadura castrista un arma ideológica de primer orden, además de reforzar la idea de que Cuba vive una guerra permanente. Por este motivo, el régimen cubano es el primer interesado en que no se levante el embargo, ya que entonces quedaría al descubierto la incompetencia de los gobernantes, la desidia de los funcionarios y el fracaso de la ideología marxista.

Y, SIN EMBARGO, SE MUEVE

Raúl Castro, pese a sus 79 años, ha incrementado la presencia internacional de Cuba en todo tipo de foros. Busca así compensar el pobre rendimiento económico de sus medidas.

Al presidente cubano se le ha visto en variadas cumbres y encuentros latinoamericanos, incluyendo la última reunión del Grupo de Río (donde quedó oficializado el ingreso de Cuba como miembro de pleno derecho a ese importante mecanismo multilateral) y, más recientemente, en la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe celebrada en México, donde se promueve la creación de un organismo continental sin la participación de los EE.UU. ni Canadá.

Además, normalizó las relaciones con México y sus diplomáticos consiguieron que la Organización de Estados Americanos (OEA) levantara el veto a Cuba que le impuso en 1962. También aumentó de manera considerable sus visitas oficiales a otros países latinoamericanos (Venezuela o Brasil), africanos (Argelia y Angola) o europeos (Rusia, a la que Cuba respaldó en la guerra de Georgia en 2008). Con Rusia han mejorado mucho las cosas, empeñado como está Putin en recuperar el prestigio internacional de su país. Por eso las relaciones comerciales y también militares rusocubanas siguen a buen ritmo, asunto que se visualizó hace menos de año y medio con la entrada de la marina de guerra rusa en La Habana después de unas maniobras conjuntas con Venezuela.

También han visitado Cuba varios líderes mundiales, como el presidente chino Hu Jintao, el brasileño Luiz Inácio (Lula) da Silva (cuatro veces durante sus ocho años de presidente), y, en medio de cierto escándalo mediático, el presidente iraní Ahmadinejad. Aún más asiduas han sido las visitas de Hugo Chávez, cuyo país mantiene la economía cubana a flote, a cambio de que Venezuela tenga asesores militares y más de 30.000 médicos cubanos.

A principios de este mismo año, Ramiro Valdés, ex ministro del Interior y actual ministro de Telecomunicaciones, y número tres en la línea de sucesión después de Raúl Castro, visitó Caracas. Aunque parezca mentira,

su misión oficial era aconsejar al Gobierno chavista sobre cómo resolver la crisis energética venezolana, aunque otros analistas relacionaban más bien la visita con la deteriorada situación política y el diseño de una estrategia para frenar a la oposición antes de las elecciones legislativas del próximo septiembre. Si dejamos de lado a Venezuela –que pese a su futuro, puede tener un impacto significativo en la situación interna cubana–, el intercambio de visitas y la participación de Raúl Castro en varias cumbres han devuelto cierto brillo diplomático a las alicaídas relaciones exteriores cubanas. Otra cuestión es que esas visitas se traduzcan en créditos o inversiones, asunto que se aclarará con el paso de los meses.

Algunas personas se preguntan si este renovado impulso diplomático del Gobierno de La Habana puede ser el inicio de la transición, un modo de plasmar gráficamente sus deseos de cambio. La respuesta es que la transición al post-castrismo ya empezó hace veinte años con el desplome del bloque soviético y la desaparición del subsidio equivalente al 40% del PIB cubano que la URSS entregaba a la Isla. Ese cambio provocó otros, importantes, en la estructura social y económica de Cuba, pero dejó incólume a la dirigencia política.

A partir de principios de los 90, el comunismo centralizado se desmoronó y la dirigencia revolucionaria tuvo que diseñar a toda prisa una estrategia de supervivencia que se denominó (aunque todavía no ha terminado) “Período Especial en tiempos de paz”. Con el Período Especial el régimen restauró al capitalismo en Cuba, una especie de capitalismo de Estado en el cual las inversiones extranjeras eran la piedra angular. Más tarde, ya a finales de siglo y cuando las costuras del régimen parecían a punto de reventar, apareció Chávez con sus petrodólares y sus barriles de crudo a precios subvencionados. También se promocionó entonces el turismo hasta límites insospechados, ya que Cuba era un destino barato, seguro y con una indecente tolerancia hacia la prostitución. Ernesto Guevara, que abominó del turismo por ser contrario al espíritu de trabajo del “hombre nuevo”, debió de revolverse en su tumba.

El tercer eje de la estrategia de supervivencia se basa en los ya antiguos “gusanos”, convertidos en “mariposas” por efecto de su dinero. Las reme-

sas familiares ayudaban también a paliar lo peor de la crisis y, si bien detrás de esa ayuda podría entreverse el peligro de una burguesía naciente, quedaría bien cercada y en clara desventaja respecto al capitalismo de Estado manejado por el poder de los empresarios militares.

La introducción del capitalismo con las empresas mixtas y la ampliación del turismo crearon agudas diferencias sociales. Por un lado, los que tenían acceso al dólar, porque recibían dinero del exterior o podían captarlo de los turistas. Son, mayoritariamente, los que viven en La Habana, Santiago de Cuba y algunas ciudades cercanas a los enclaves turísticos. Por otro, todos los demás, los que malviven en el campo y los que sobreviven en los arrabales de las ciudades. Guajiros, negros y ancianos son los tres sectores más golpeados por el hundimiento de los servicios sociales cubanos.

El Gobierno, sin embargo, estaba inmerso en sus propios asuntos políticos (la enfermedad de Fidel Castro, la sucesión, las presiones internacionales), pero es innegable que Raúl Castro y su entorno realizaron con habilidad el traspaso de poderes. Ahora están ocupados en una batalla política que nos impide hablar de una verdadera transición a la democracia. Para ello es necesario que se den medidas profundas y a cierta velocidad y, como hemos visto, ése no es el estilo del régimen cubano, siempre tan sensible a la menor sugerencia o crítica.

La sucesión –que no transición– ha sido, por tanto, relativamente exitosa: no ha habido movilizaciones populares, todo está controlado. Tampoco ha habido divisiones en las FAR, ni la más mínima señal de descontento. Sin embargo, lo que para Raúl Castro fue una buena noticia (recibir el poder con su hermano vivo), ahora se ha convertido en un problema. Fidel no se va, ni se quiere ir. Insiste en gobernar desde su retiro, convertido en un contradictorio opositor interno que pide cuentas sobre las decisiones que se toman. Una especie de Gran Hermano que evita que la sucesión concluya e impide prever con claridad la evolución política. Además, Raúl tiene miedo a los cambios excesivos, ya que sabe que si se extralimita en el aperturismo abrirá la caja de Pandora y podría poner en jaque a un sistema agotado.

A corto plazo, sin embargo, parece que todo seguirá en manos de las FAR y el Partido Comunista, por este orden. Ambos controlan el poder: unos con las armas y el dinero de las empresas que gestionan; los otros con el aparato del Estado. Entre ambos, además, custodian el arma de doble filo: la política migratoria hacia Estados Unidos. Si ésta se flexibilizara, el éxodo inmediato hacia Miami sería de cientos de miles de personas, posibilidad que aterra a los EE.UU., pero que provocaría también una profunda crisis en Cuba.

Algo parecido, aunque a menor escala, ya se vivió en 1980 con el éxodo del Mariel, en 1993 con la crisis de los balseiros y en 1994 con los desordenes conocidos como el llamado “Maleconazo”. En consecuencia, tanto a Washington como a La Habana les conviene que el Partido y las Fuerzas Armadas mantengan la estabilidad y continúen en “la vanguardia del proceso”.

El final llegará con el fallecimiento de los hermanos Castro y de la generación que les acompañó en la conquista del poder. Ése será el instante en el que se empezarán a redefinir los equilibrios entre las FAR y el Partido, surgirán las verdaderas discrepancias y se conformarán nuevos grupos que, como ahora, lucharán por alcanzar el control del Estado, pero sin la tutela de los hermanos Castro y con el duro escrutinio nacional e internacional.

Sin embargo, hasta nuevo aviso, los hermanos Castro siguen vivos. Raúl es además consciente de las enormes carencias de la población en dos asuntos capitales: el transporte (que se ha reducido en un 30% en las líneas secundarias de ómnibus y un 25% en el caso del tren) y, sobre todo, la vivienda (agravada ésta por los ciclones de 2008, que afectaron a medio millón de construcciones). Cuba tiene 12 millones de habitantes y sólo 3,5 millones de casas, concentradas además en La Habana, por lo que hacen falta cerca de 800.000 nuevas casas para responder a la ingente demanda, mientras el ritmo de construcción anual no supera las 25.000 viviendas.

El problema de Raúl Castro es que el capitalismo de Estado es mejor que la economía planificada, pero dada la complicada situación económica internacional y las trabas internas personificadas por el Gran Hermano, la transición hacia el nuevo modelo no se da con la eficacia y rapidez suficientes

para que sus logros sean percibidos por la población. Primero, porque el régimen no es flexible para responder a las exigencias del mercado internacional (y como Cuba no produce, no vende, y por tanto, su capacidad de compra es escasa). Segundo, porque no permite cambios políticos elementales (mayores libertades públicas y de información o gestos como la liberación de los presos políticos, por no decir elecciones libres o libertad sindical).

El resultado es una población desafecta, que “resuelve” pero no tiene esperanza y que no se puede permitir el lujo de pensar que las cosas puedan cambiar. Mientras tanto, en este ambiente melancólico el cubano procura vivir con un salario medio de 20 dólares mensuales.

CON USTEDES, EL RAULISMO

El raulismo se define por su esfuerzo en combinar la racionalidad burocrática con la eficacia del capitalismo dirigista y con un buen salpicón de control político. Sus pilares son Max Weber, Henry Ford y Lenin.

Según Raúl Castro, no hay nada mejor para Cuba que una burocracia eficiente que garantice el buen ordenamiento y la gestión. Eso dotaría a la Revolución de estabilidad y aseguraría los resultados económicos. Por su parte, la disciplina leninista mantendría la inviolabilidad del sistema socialista. La gran prioridad es que la Revolución sobreviva a sus creadores. Si, como suele ocurrir por las reglas biológicas, fallecen personajes históricos como Vilma Espín (esposa de Raúl Castro y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas) o el comandante Juan Almeida (asaltante al Cuartel Moncada en 1953 y uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado), será el propio sistema el que los reemplace. Si las instituciones funcionan, entonces no serán necesarios nuevos líderes carismáticos.

Ésta es la razón por la que, al llegar a la presidencia en febrero de 2008, Raúl Castro dijo que él no era el sucesor de Fidel porque Fidel era insustituible. La tarea colosal de Fidel sólo podía ser continuada por todo el pueblo de Cuba, liderado por su vanguardia revolucionaria, el binomio PCC-FAR.

La transición cubana coincide además con la llegada al poder en EE.UU. del presidente Barack Obama. Antes de sentarse a negociar, sería conveniente que ambas partes supieran lo que quieren. Ahí los dos tienen un problema, ya que EE.UU. ignora qué hacer con Cuba y Cuba no sabe qué dar a cambio de lo que necesitan de Washington: dinero, inversiones y una política migratoria que no arrase el país.

Obama es un presidente complicado para la diplomacia cubana. Quizá el más complicado con el que han tenido que lidiar por el tremendo caudal de simpatía mundial que tiene su teórico pacifismo (aunque ha aumentado la presencia militar de EE.UU. en el extranjero) y su sensibilidad a los problemas migratorios (si bien ha deportado casi un 50% más de residentes ilegales que su predecesor, George W. Bush).

La historia personal de superación de Obama, su raza y su deseo de que las cosas cambien es también una esperanza para los cubanos. Por tanto, una oferta de diálogo, si está hábilmente planteada, pondría a Castro entre la espada y la pared. Obama es un líder democrático mulato en un país mayoritariamente blanco, mientras que Raúl Castro es justo lo contrario: un dictador blanco en una nación mulata. Esos son los interlocutores.

En su toma de posesión Obama se refirió a Cuba en los siguientes términos: “Estamos dispuestos a tender la mano si ustedes abren el puño”. Algo más tarde, la secretaria de Estado, Hillary Clinton, confirmó la oferta de negociación sin reclamar un cambio de régimen. Esa postura desconcierta a los que, en un lado y otro, prefieren la confrontación a la cooperación, aunque es innegable que también se trata de un riesgo para el presidente americano, porque desde 1959 todos sus antecesores se han visto afectados por alguna crisis (militar, diplomática o migratoria) con Cuba.

LA CIÉNAGA DE ZAPATA

Los últimos meses no han sido favorables para el presidente del Gobierno cubano y su disposición a negociar ventajosamente con los EE.UU. Primero fue Amnistía Internacional la que denunció, el verano pasado, que el

Gobierno comunista de La Habana continuaba con los encarcelamientos a los opositores democráticos. “Las restricciones de la libertad de expresión, asociación y movimiento son severas”, dijo el informe presentado en Londres. “El acoso a disidentes políticos y periodistas independientes es habitual en Cuba”. A los 40 condenados a muerte y a los 62 presos políticos se unió el acoso a las esposas de esos presos, agrupadas en una asociación no reconocida por el régimen llamada “Damas de Blanco”.

La mayor parte de estos disidentes han sido encarcelados por opiniones y actividades no violentas. Acusados, en general, de “peligrosidad social”, un concepto “judicial” de procedencia española y que fue utilizado con destreza por la dictadura franquista. Este extravagante tipo penal sirve para condenar a una persona por el hecho de ser “peligrosa por su tendencia a cometer delitos”. Es decir, se puede detener y juzgar a un cubano con independencia de que haya delinquido o no, basta con una sospecha de que va a hacerlo.

Uno de esos opositores políticos era Orlando Zapata, condenado en 2002 a tres años de cárcel por manifestarse en una plaza en contra de la dictadura comunista cubana. Zapata acumuló luego condenas en la cárcel hasta llegar a los 36 años de prisión por su rebeldía. Finalmente, inició una huelga de hambre y el régimen lo dejó morir.

Sobre la muerte de este preso político en la cárcel ha habido todo tipo de manifestaciones, lo que refleja la complejidad del problema cubano. Si hubiera muerto en las cárceles de Pinochet o en la base naval norteamericana de Guantánamo, el escándalo y la condena internacional hubiese sido monumental y unánime. Pero ocurrió en Cuba y la disparidad de criterios se escuchó con fuerza: desde las firmes condenas de EE.UU., Canadá, Chile o la EOA, a la tardía reacción de España y la Unión Europea, sin olvidar los inevitables apoyos del bloque bolivariano compuesto por Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua. Quizá lo más bochornoso ha sido la flojedad de muchos dirigentes latinoamericanos ante una violación tan evidente de los derechos humanos. Dio la casualidad, además, de que Lula estaba de visita en La Habana justo cuando falleció Zapata y, cuando fue preguntado por el asunto, aclaró que él no estaba a favor de las huelgas de hambre.

La pasividad del régimen, culpable de la muerte en el plano moral y también político, confirma que los cambios en Cuba llegarán con mucha lentitud. El caso Zapata (y su epígono Fariñas) dejan al descubierto la dureza de una dictadura que, con Fidel o con Raúl Castro, considera un ataque contra Cuba cualquier acción que no sea aprobada por ellos.

En definitiva, llama la atención la fragilidad del Estado, tanto por su profundo control y capacidad represora, como por su incapacidad para solucionar un problema de derechos humanos como el que les desafió con la huelga y muerte de Orlando Zapata.

Lo más frustrante es que no hay un esquema analítico para explicarlo. Los ingenieros lo llamarían “fatiga de materiales”, pero aplicado a la estructura del Estado. Es decir, componentes que a primera vista son sólidos, pero que, de repente, se vienen abajo. Colapsan sin existir síntomas previos del derrumbe. Ocurrió en Alemania del Este, ejemplo de institucionalidad leninista. Pese a la complejidad de los procesos de transición, puede suceder también en Cuba. En los próximos cinco años habrá movimientos inevitables en la Isla. El reloj biológico es implacable y, tarde o temprano, los hermanos Castro sabrán si la historia les absuelve o, por el contrario, les olvida, porque la condena parece ya inevitable.

Entre tanto, la historia de la revolución cubana seguirá reescribiéndose cada día para evitar enfrentarse con una dolorosa realidad: la perpetua condena de los cubanos a vivir la dictadura y el exilio. O dicho de otro modo, a vivir en una guerra civil que dura ya medio siglo.

Ni Orwell lo hubiera mejorado.

PALABRAS CLAVE

Iberoamérica • Derechos Humanos • Democracia • Socialismo

RESUMEN

Desde que Fidel Castro abandonó la presidencia de Cuba, algo parece haber cambiado, aunque los autores de este artículo dudan aún si para bien o para mal. El binomio Partido Comunista Cubano - Fuerzas Armadas Revolucionarias sigue controlando toda la vida en la Isla y el ritmo de las reformas es desesperadamente lento, pues el régimen castrista teme que el desarrollo económico traiga exigencias de libertad y el fin del sistema comunista. Y mientras algunas medidas económicas parecen acertadas, otras son negativas y alimentan el pesimismo de los cubanos. Además, la cruel muerte del preso político Orlando Zapata y la política represora contra los opositores al régimen son síntomas poco esperanzadores. Eusebio Mujal-León e Ignacio Uría concluyen que Raúl Castro es efectivamente el precursor de una transición que no se sabe muy bien si alumbrará la democracia en Cuba o mantendrá la dictadura incluso cuando los hermanos Castro hayan desaparecido.

ABSTRACT

Ever since Fidel Castro stepped down from the presidency of Cuba, something seems to have changed, though the authors of this article are still unsure whether this drift has been for better or for worse. The binomial of the Communist Party of Cuba - Revolutionary Armed Forces continues controlling life on the island and the pace of reforms is unnervingly slow, as the Castrist regime fears that economic growth will lead to demands for freedom and the end of the Communist regime. And while some economic measures seem to be correct, other are negative and fuel the pessimism of Cubans. Moreover, the cruel death of the political prisoner Orlando Zapata and the repressive policy against the regime's opponents are not very promising signs. Eusebio Mujal-León and Ignacio Uría conclude that Raúl Castro is indeed the forerunner of a transition of which we have yet to see whether it will give birth to democracy in Cuba or if it will keep the dictatorship even when the Castro brothers have disappeared.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Primavera de 2010

NÚMERO

43



• • •

INTELECTUALES

INGER ENKVIST: *Edward Said, Juan Goytisolo y la comprobación de los datos*

SANTIAGO NAVAJAS: *Heidegger, el enemigo filosófico número 1*

ALFONSO GARCÍA NUÑO: *Desde la libertad hacia el sentido. La 'logos-terapia' de Viktor E. Frankl*

CARMEN GRIMAU: *Albert Camus. Tres aproximaciones*

• • •

VARIA

CARLOS ALBERTO MONTANER: *Qué debe hacer un Estado democrático eficiente*

JUAN RAMÓN RALLO: *El mito de los 'precios predatorios'*

ALBERTO BENEGAS LYNCH (H): *Treinta y dos reflexiones para liberar las drogas*

DIEGO TRINIDAD: *El día que Stalin perdió la Casa Blanca*

• • •

LIBERTAD DIGITAL, SUMA Y SIGUE

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS • ALBERTO RECARTE • CÉSAR VIDAL • JAVIER SOMALO

DIETER BRANDAU • NACHO GARCÍA MOSTAZO • CARLOS ALBERTO MONTANER

JOSÉ MARÍA MARCO • PÍO MOA • RAÚL DEL POZO • MANUEL PIZARRO

FRANCISCO JOSÉ ALCARAZ • ROSA DÍEZ • REGINA OTAOLA • MARÍA SAN GIL

JAIME MAYOR OREJA • ESPERANZA AGUIRRE • JOSÉ MARÍA AZNAR

• • •

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVIDES

• • •

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com